

***Economists in Discussion. The Correspondence between G. L. S. Shackle and Stephen F. Frowen, 1951-1992*, Palmgrave MacMillan, Houndmills y Nueva York, 2004.**

*Magis movent exempla quam verba*, dicen los clásicos. Sin embargo, las palabras de este libro, al expresar hechos y actitudes ejemplares de personas reales, constituyen una profunda enseñanza que mueve verdadera y eficazmente.

Se trata de la edición de la correspondencia, mantenida durante más de 40 años, entre el filósofo-economista inglés George Shackle y su discípulo y amigo, el profesor de origen alemán, Stephen Frowen. Es el testimonio de una relación de respeto, amistad y veneración entre maestro y discípulo. Frowen dice que siempre lo admiró como persona y como académico y que fue, desde el comienzo, su *role model* (xii). Lo que siente por George es lo que este último afirmó del economista Sir Ernest Phelps Brown: “no es sólo un eminente economista sino un hombre espléndido, el tipo de hombre que uno querría ser. He conocido a muy pocas personas de las cuales hubiera dicho verdadera y sinceramente “quiero tomarlo como mi modelo”; él es uno de ellos” (p. 38).

Lo primero que quiero destacar es la calidad de las virtudes de los correspondientes. Pienso que esta es la clave y la base más importante de la vida académica. Ya mencioné la amistad. Agreguemos, de ambas partes –difícilmente se podría dar de otro modo– fidelidad, generosidad, gratitud, humildad. Para Frowen, por las peculiares circunstancias de su vida, habría que añadir perseverancia, fortaleza, buen ánimo. También se puede señalar su cuidado por el equilibrio entre la vida familiar y la profesional. Shackle decía de él: “Usted es un hombre de inmenso coraje, probado una y otra vez en una carrera repleta de todo tipo de adversidades, desánimos y penas, como también de maravillosos éxitos; un hombre al que nada ha podido vencer” (p. 123). También escribe acerca de su “implacable concen-

**180** tración e inigualable esfuerzo” (p. 137). Lo califica como “un hombre tanto de hierro como de la gracia más perfecta” (p. 230). De ambas partes se nota un exquisito respeto por el trabajo y el tiempo ajeno (pp. 68, 72, 98, 194, 195). Shackle dice que deben estar especialmente en guardia los jubilados, que a veces piensan que los demás tienen tanto tiempo como ellos (pp. 189, 194). Sin embargo, estas palabras no bastan para causar la admiración que provienen de la lectura de las cartas. Cuando se da una relación entre personas de estas condiciones, la vida académica es fructífera y gozosa.

La delicadeza de estos caracteres se manifiesta en un segundo rasgo que quiero destacar: su cuidado de las formas, de los modales. Se palpa en todas sus relaciones, trabajos y demás acciones. La más directa es la buena escritura, que es casi poesía. Para Shackle, igual que para Frowen, la forma y el contenido son una sola cosa. “Las palabras son tan importantes para el economista como lo son para el poeta” (p. 307). Estaba muy contento cuando al final de sus días la Universidad de Strathclyde (Glasgow) le confirió el doctorado *honoris causa* como D. Litt., doctor en Letras (p. 324).

La formación e interés cultural de ambos es notable y no perdona campo alguno: la literatura, la pintura, el teatro y la música. Se manifiesta en su vida cotidiana, en sus planes, en sus escritos y pequeñas ilusiones. Disfrutaban y aprovechan adecuadamente los viajes.

Una tercera nota a señalar es la seriedad en su trabajo, cuidando con esmero todos los detalles. Están muy atentos a los compromisos asumidos. Más en concreto, la correspondencia sirve para aprender y valorar tareas como la traducción (“La traducción es un género mayormente exacto y un arte difícil que creo que puede arrojar mucha luz sobre las mismas ideas”, p. 168); la reseña, un importante género y servicio; la tesis doctoral, su dirección y su corrección; la buena organización de las Jornadas y de las ediciones de libros, con sus correspondientes permisos de edición. La contracción al trabajo de ambos es notable, aún muchos años después de haberse jubilado (Shackle murió a los 88 años en 1992 y Frowen aún vive en Londres, con 82). Poco antes de morir, decía Shackle: “siento que si dejara de trabajar dejaría de vivir. Uno debe estar atento a no repetirse, pero si caigo en esta trampa, vos y otros me lo harían notar” (p. 319).

Pienso que la correspondencia no agregará a quien conoce la obra de Shackle muchos elementos, en lo que se refiere a ideas económicas. Se

## RECENSIONES

queja de la confianza en los supuestamente autojustificados modelos matemáticos, de la creencia en la mera atención a los datos y la aplicación a estos de principios de interpretación *ad hoc*, elegidos arbitrariamente, del olvido de la historia de las ideas, de la creencia de que los datos existen sin clasificaciones o conceptos preconcebidos (pp. 169-70). Destaca el papel de la incertidumbre, tema muy típico de su pensamiento (p. 196). Plantea un esquema esencial sintético de sus ideas (pp. 210-211) para unas jornadas acerca de éstas. Hace y propugna un verdadero análisis filosófico de la economía (pp. 182, 207). Dice: “Es en el aspecto filosófico de la economía en lo que siempre he estado interesado. Mis libros tratan de problemas filosóficos: acerca de la “epistémica”, especialmente de la necesidad impostergable de decidir de cara a lo desconocido. La economía está completamente enredada con el tiempo como lo está la historia (véase Alfred Marshall, cuyos *Principios* se celebrarán pronto -1990-). Estos ensayos míos no son acerca de modelos rutinarios simplificados, sino acerca de la formación mutua del pensamiento y el evento, unidos por el término medio de la acción, la empresa” (p.251). “Los negocios son imaginación y nervio”. Por eso, “el negocio del hombre de negocios es el pensamiento” (p. 253). Menciona a muchos economistas. Quizás los que destaca o aprecia más, a mi juicio, son Knut Wicksell, cuya “grandeza” evoca (p. 10) y Ludwig Lachmann (p. 217).

Después de tanta alabanza sólo puedo acabar esta reseña recomendando la lectura de un libro que, aunque a primera vista pareciera poco útil, en realidad es enormemente valioso, pues enseña a descubrir qué es lo importante, aún en medio de las menudencias de lo cotidiano.

*Ricardo F. Crespo*

